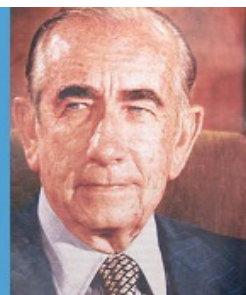


ANDRÉS TOWNSEND EZCURRA

TRAYECTORIA DE UN PENSAMIENTO



La fundación de la Federación Aprista Juvenil - 7 de enero de 1934

Por Andrés Townsend Ezcurra

ATE está funcionando muy bien. Llegan cosas abundantes en recortes de Montevideo y Buenos Aires. Tiene un dinamismo y un sentido de responsabilidad que cada día me acercan más a él. Ojalá se mantenga así. Pero hasta hoy es uno de los más eficientes y comprensivos portadores de la nueva camada aprista, si no el mejor. Sobre todo comprende la necesidad de una labor incesante y hace labor aprista a firme y a fondo. Además, entiende lo que es el aprismo como obra continental y ha entrado firme en el apostolado. Hay que alentarlo porque el tipo vale.

Haya de la Torre: Carta a Luis Alberto Sánchez, marzo de 1937. En: *Correspondencia Haya de la Torre-Luis Alberto Sánchez*, volumen 1, pp. 302-303; Mosca Azul editores, Lima, 1982 (ATE era la forma abreviada de mencionar el nombre de Andrés Townsend Ezcurra).

Nota de presentación.- Andrés Townsend Ezcurra mantuvo una invariable lealtad a la doctrina aprista y a la cercanía personal que siempre tuvo con Víctor Raúl Haya de la Torre. ATE fue director del diario aprista *La Tribuna* en dos oportunidades: entre 1945-1948 y entre 1957 y 1962 y fue secretario general del Parlamento Latinoamericano desde su fundación en 1964 hasta 1991. El presente texto, referido a la fundación de la Federación Aprista Juvenil en 1934, pertenece al libro de Andrés Townsend Ezcurra, *50 años de aprismo. Memorias, ensayos y discursos de un militante*, Editorial Desa, Lima, 1989, pp. 54-58.

La fundación de la Federación Aprista Juvenil - 7 de enero de 1934

Por Andrés Townsend Ezcurra

A comienzos de 1934, quienes nos habíamos formado, desde una precoz adolescencia, en los moldes ideológicos de Haya de la Torre, comprendimos la necesidad de darle a la juventud, que ingresaba a raudales en el movimiento aprista, un cauce organizativo propio. No bastaba ya el Sindicato Estudiantil Aprista

(SEA) existente desde la fundación del partido y que se caracterizaba por sus definiciones de avanzada, presionados como estaban sus dirigentes, por el diario combate y la interminable polémica con el «Grupo Rojo Vanguardia», expresión del comunismo en la Universidad. La creciente afluencia de jóvenes obreros y empleados superaba los límites de una simple organización estudiantil. Fue entonces que Haya de la Torre auspició la fundación, el 7 de enero de 1934, de la Federación Aprista Juvenil, conocida varios años por la sigla de «FAJ».

Pero si Haya de la Torre fue el inspirador, es de justicia reconocer a otro dirigente, de fácil y cordial acceso para jóvenes –de los cuales le separaban entonces poco más de diez o doce años de edad–, al Secretario Nacional de Organización de entonces, Ramiro Priale, el mérito de haberla promovido y encuadrado. Con paciente inteligencia, allanó dificultades y en enero de aquel año nació la Federación. El aprismo empezó a tener como otros grandes partidos populares, su organización juvenil. Tuve la honra de figurar entre los iniciadores de esta empresa, llamada a gravitar, largamente, en la historia del partido de Haya de la Torre.

Lo peculiar de la FAJ residió no tanto en su militancia política –que en casos eminentes llegó al heroísmo y al sacrificio –sino en el acento moral y vitalista que se le infundió. En sus exigencias de orden moral, tanto privada como pública de su amor por la vida sana, rechazando la sensualidad enervante y el vicio corruptor, su fervor por la acción y la lucha –la «pugnacidad fajista»–, explicables en años de violenta represión dictatorial. El gusto por los campamentos y la vida al aire libre, el cultivo de la solidaridad y el compañerismo, podían recordar a los «boy-scouts». Pero a semejantes elementos, se agregaba, en forma decisiva, el compromiso de lucha por un nuevo Estado y una nueva sociedad. La mezcla de estos ingredientes le dio al movimiento fajista su singularidad histórica.

En un libro que merecería reeditarse, *Juventud de América*, del argentino Gregorio Bermann, aparece un primer ensayo mío en torno a la formación primigenia de la juventud aprista peruana. Bermann era, en su condición de sicólogo, político y antiguo dirigente de la reforma universitaria en Córdoba una autoridad de organizaciones juveniles. En su obra señala que la militancia de los jóvenes, es característica del siglo XX, siendo alguna apolítica, como los «Wandervogel» («Pájaros errantes») de Alemania de Weimar, otra partidaria, como los Halcones de la social democracia del mismo país. Torcieron esta capacidad de entusiasmo y de movilización, en servicio de la prepotencia totalitaria, las organizaciones de Italia fascista (los «Balilla») o de Alemania nazi (la «Hitler Jugend»). Con respecto a la FAJ, Bermann fue explícito en su admiración y simpatía, por tratarse de un movimiento de izquierda democrática, de profundo contenido ético y moralizador.

La promoción fajista le dio al movimiento luchadores eximios. Quiero rescatar el recuerdo de un hombre joven, (no tanto como los fundadores, pero no llegaba a los treinta años) que exactamente era lo que su título en la organización señalaba: un «Animador». Hablo de Humberto Silva Solís, periodista, poeta, fraterno y regañón, que batalló junto a los jóvenes con una lealtad y un valor indomables. Luego de ser uno de los apristas más perseguidos de la larga clandestinidad, Silva Solís pasó a engrosar las filas de presos en El Frontón y allí estuvo, confinado, torturado y sin sombra de proceso, imás de seis años!. No se hablaba entonces de *hábeas corpus*, ni de amparo, ni de fiscalía. Los Derechos Humanos (que entonces se llamaban «del Hombre») eran un capítulo de la revolución francesa y un dispositivo ignorado de la Constitución.

Además de Humberto Silva Solís, debe recordarse a un joven chalaco, de valentía temeraria, que una y otra vez burló soplones y acechos y que se complacía en actos de audacia: Manuel Cerna Valdivia. En uno de sus generosos empeños, fue victimado.

Recuerdo, con tranquilo orgullo, mi fraternal identificación con esos jóvenes. Algunas veces, doctos observadores han echado de menos que entre los discípulos de Haya, en la fila de 1934, no se registraran tantas vocaciones intelectuales como en la generación (o promoción) fundadora. La razón es clara. A la mayoría se los llevó la lucha. Fue su tributo y su sacrificio. A la FAJ se le reclamó el glorioso destino que le reconoció Víctor Raúl.



Primer discurso al aire libre de Andrés Townsend en Paríamarca, el 29 de julio de 1934, representando a la FAJ y recordando a los mártires apristas de la localidad.

Gracias a estos fastos, podemos jactarnos, todavía, de cincuenta años de juventud. La FAJ fue una interesante y fecunda experiencia. Movilizó a millares de adolescentes en todo el país que llegados, pocos años después, los años de la persecución implacable, con sus presos, torturados y exiliados, fueron –a decir de

unas palabras generosas y consagradoras de Víctor Raúl- «la espada y el escudo del Partido».

Armando Villanueva fue el primer secretario general de la FAJ y yo secretario de prensa y propaganda. Formaban parte de la «Célula Directriz Federal», apristas llamados a larga trayectoria posterior: Roberto Martínez Merizalde, Pablo Silva Villacorta, Tulio Velásquez, Susana Medrano, Lindomra Peirano, Maruja González, Luis Felipe Rodríguez Vildósola, Víctor M. Peralta y otros más. Para las fiestas patrias de ese año, la FAJ inauguró sus campamentos al organizar uno a Pariamarca, pintoresco distrito de Canta, a más de tres mil metros sobre el nivel del mar. Para la mayoría, de nosotros, muchachos costeños, la experiencia andina resultó deslumbradora y energizante.

En Pariamarca, a fines de 1931, había ocurrido una masacre y una cruz metálica recordaba entonces –y acaso recuerde ahora– a las víctimas de una barbarie tradicional. Los «fajistas» rendimos homenaje a esos anónimos caídos y me tocó el 29 de julio de 1934 pronunciar mi primer discurso político al aire libre, bajo el cálido sol serrano.

Era la segunda vez que ocupaba una tribuna. El debut oratorio había ocurrido, meses atrás en la Casa del Pueblo, o local central del partido, situada entonces, con un simbolismo, que no se buscó, pero que resultaba apropiado, en la calle de Pobres, hoy la cuadra 10 del Jirón Lampa.

No recuerdo el tema –que se nos fijaba a través de *La Tribuna*– pero sí la trepidación y el temor del principiante. Desde esa oportunidad he pronunciado discursos centenares de veces, en el partido y en el Congreso, bajo techo o al aire libre, en los calores de Bagua o en los fríos de Puno, dentro o fuera de mi patria, y siempre he sentido algo del pánico del principiante.

Manolo Seoane sostenía que esta nerviosidad es la regla tanto en los oradores como en los actores y en los toreros y acaba en segundos, cuando comienzan el discurso, el recitado o la faena. El mismo podía ponerse de ejemplo pues siendo como era uno de los grandes oradores del idioma, se sentía físicamente mal y hasta descompuesto momentos antes de iniciar cualquiera de sus famosos e inolvidables discursos.

Me sobrepuse a mis temores en Pariamarca y he seguido dominándolos cada vez que me ha tocado hablar en público. Aquella vez del local de Pobres me ayudaron mucho unas palabras de aliento, que recibí de un viejo anarco-sindicalista, Pedro Catalino Lévano, que como muchos obreros de su formación se había hecho aprista, llevando al partido su tradición de incorruptibilidad y su amor por la acción directa.

Ya viejo, pobremente vestido, se ganaba la vida vendiendo diarios y era un patriarca de los vendedores de periódicos, que empezaban a ser designados con el argentinismo de *canillitas*.

En aquellos años formativos, Lévano nos trataba con la sorna bondadosa de un abuelo gruñón. Se tuteaba con Víctor Raúl y con los líderes fundadores. De él se contaba una anécdota que tenía un profundo sentido histórico y moral. Lévano fue comprendido, con muchas otras personas, entre los acusados por la muerte de Sánchez Cerro.

Se leían en la Corte Marcial –y muy marcial– las extensas piezas documentales del juicio y el viejito Lévano comenzó a cabecear y al final se quedó dormido. El presidente de la Corte Marcial, con furiosa mirada, agitó la campanilla e interpeló a Lévano que recién abría los ojos: «Acusado Lévano: ¿no se da cuenta de la

gravedad del caso? ¿No se da cuenta que estamos jugando un homicidio y nada menos que de un presidente de la República? A lo que el viejo ácrata respondió: Yo sólo pregunto una cosa, señor Juez: ¿Quién tiró primero?». Lo cierto es que, en la mayoría de los casos, y especialmente en aquellos años, no era el pueblo. Contra el pueblo habían tirado primero.



En 1935, Andrés Townsend (de 20 años), al lado de Manuel Seoane, ambos exiliados en Buenos Aires. Townsend tomó a su cargo las labores periodísticas de Seoane cuando éste se trasladó a Chile y fue su principal colaborador en el libro *Autopsia del presupuesto civilista* (1936), que denunció minuciosamente el derroche fiscal del dictador Benavides.
